

que la Universidad establezca como obligación ineludible, el servicio social de los profesionistas, por un año, inmediatamente después de que concluyan sus estudios, en aquellos puntos de la República que les toque en suerte.

La retribución de servicios, no es problema por lo que respecta a los abogados, pues que en cada Entidad Federativa, existe el presupuesto correspondiente a los empleados judiciales. En cuanto a las otras profesiones, sería preciso establecer, estudiándolo a fondo, un sistema de iguales cubiertas por los Gobiernos respectivos. Por último, las actividades universitarias en la investigación científica, se concretarán al estudio de nuestro ambiente, en lo físico; al estudio de nuestros problemas ancestrales y de los problemas contingentes, en lo social, para proponer al Gobierno soluciones concretas, normas técnicas; pero basadas en la realidad, que ilustren su acción.

Porque como quiere Ortega y Gasset: "La Universidad tiene que estar siempre abierta a la plena actualidad; más aún, tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella". "Y no digo esto, agrega: sólo porque la excitación animadora del aire libre histórico, convenga a la Universidad, sino también, viceversa, porque la vida pública necesita urgentemente de la intervención en ella de la Universidad como tal".

Ya José Ingenieros había escrito: "No es menos importante la necesidad de imprimir a cada Universidad una dirección ideológica concordante con las necesidades y los ideales del medio social en que funciona, es forzoso reconocer que ello dependerá del grado de exclaustación que alcancen los estudios universitarios, tomando contacto con el pueblo, sirviendo sus intereses, reflejando sus aspiraciones, comprendiendo sus problemas vitales".

Esto es, en esencia, lo que ha de entenderse cuando se dice que la Universidad debe imprimir a sus actividades un hondo sentido social: Sólo así llenará su misión. Sólo así surgirá de su seno, una juventud dotada de espíritu altruista, la cual después de haber cumplido su servicio, volverá a las ciudades, ocupará los puestos directivos de la vida pública, trayendo en los ojos del cuerpo y de la mente una clara visión de la patria.

Sólo así podrá esperarse la transformación radical de este México nuestro, feudo de caciques, tierra de logreros, país de kodak de turista, wonderful and beautiful, desde el mirador del pullman transitorio que va, en fuga feliz, por entre sierras nevadas y campos labrantíos; pero que visto de cerca, es sólo un pobre pueblo que se desangra, sobre una cruz de siglos, por ajenos pecados.

México, D. F., octubre de 1936.

Aurora Rusa

P o r W A L D O F R A N K

WALDO FRANK ha dedicado, en "Aurora Rusa", un interesante ensayo a este gran pueblo. El eminente escritor norteamericano subraya la incorporación de los rusos al espíritu ecuménico de la cultura, contemplados con admirable inquietud por pupila tan comprensiva.

¿Dónde está la verdadera Rusia? ¿Acaso la he encontrado todavía? Cuando me paseaba entre la marea revolucionaria que fluye desde las calles industriales hasta la Newsky Prospekt, ¿estaba yo en Rusia? ¿Tendré que salir de Leningrado para entrar en Rusia? Vuelvo a la ciudad desde la antigua residencia del Zar por la carretera de piedra que alisaron sus caballos y destrozaron los tanques de Yudenitch. Surgen de nuevo las viviendas tristes. Y medito sobre la paradoja del poderoso esclavo y su débil señor.

No cabe duda. La corte de los últimos Romanov era imbécil, porque estaba completamente apartada de Rusia. Nunca hubo allí la relación orgánica que unió a Francia con sus reyes y a los tiranos italianos con sus ciudades. La religión de la corte se limitaba asimismo a la figura maniática de Rasputín, porque estaba también alejada de Rusia, porque nunca tuvo los vínculos ideales y vitales—unidad de volición intelectual que durante mil años hizo de Roma el corazón de todos los pueblos católicos.

Las grandes iglesias de Petersburgo—San Isaac, Alexander Nevsky Convent, Petropavlovsky Sobor, Catedral de Kazan—, todas ellas, lo mismo las de estilo barroco italiano que las bizantinas o las que mezclan ambos estilos, son completamente extrañas a la ciudad, que no armoniza con ninguno de sus tres sectores, con los palacios, las casas de la clase media ni los barrios bajos. En el canal Griboyedev, entre la Nevsky y el Neva, una bomba del Narodnaya Volya mató a Alejandro II. Y su heredero, para demostrar la indignación de su pueblo por tal muerte, obligó a millones de *mujiks* a contribuir con sus *kopeks* para erigirle un mausoleo. Es una imitación del gran San Basilio, construido en Moscú por Iván el terrible. Es una orgía de oro, záfiro y alabastro. Los muros exteriores están llenos de iconos, las junturas enjoyadas, y las cúpulas, en forma de cebolla, desentonan entre sí. Esta última iglesia de los zares (se construyó en 1881) es una caricatura del cuerpo espiritual de Rusia, del mismo modo que el palacio de Nicolás II es una caricatura del zarismo. Y, por igual razón, es una mentira, es algo extraño a Rusia.

Pero la plebe de Leningrado es fuerte y rítmica. Esta fuerza no puede datar de ayer; es demasiado profunda y natural. Pienso en los trabajadores que he visto apoyados en las villas de "Las Islas", en los arrabales de la ciudad, viviendo tranquilamente en las casas grandes y feas de los comerciantes millonarios, de las que se han apoderado, llevando a ellas sus camas y sus libros. Pienso en las multitudes que se pasean por la noche en los numero-

sos parques comprando chocolate y *kvass* y oyendo músicas sentimentales. Pienso en la gran impresión que me produce, y que no me ha abandonado todavía, la *Finlandsky Voksal*, y que de tal manera me exalta, que aquí en Leningrado tengo más ganas de cantar que de comer y de dormir. Este pueblo es fuerte, y su fuerza es lo que debe ser Rusia. Todo trabajador de la ciudad industrial es, ante todo, el nieto de un *mujik*. Esta energía, ¿cómo iba a tolerar al insignificante Nicolaito y a su cohorte corrompida?

La explicación se halla en que toda energía es débil mientras no se somete a una ordenación, porque Rusia tenía vitalidad, pero no fuerza, y tan pronto como se encauzó su vitalidad, se convirtió en la fuerza que destronó al Zar. Rusia, desde un punto de vista orgánico, es un recién nacido. Cuando las ricas estudiantes fueron arrojadas del *Smonly*, no habían transcurrido aún doscientos años de la muerte de Pedro el Grande. Pedro tuvo la concepción de Rusia. Antes, existían *Moscovy* y *Novgorod* y las amorfas tribus que eran tan orientales con respecto a *Moscou*, como *New York* es occidental. En esa abierta inmensidad no hay límites para dar órdenes ni para producir fuerza. Pero Pedro no fue quien hizo a Rusia. Construyó un sistema imperial cuya fuerza se nutría de la vaga vitalidad rusa. El zarismo envió miríadas de esclavos para apoderarse de la riqueza de los *mujiks*; los esclavos volvían como abejas con su carga y los *mujiks* se quedaban tendidos en su tierra. Si ellos fueran Rusia y si su Rusia tenía fuerza, también pudiéramos decir que el mineral hundido en la tierra es acero elaborado. Ellos no tenían sino las posibilidades de la fuerza.

A comienzos del siglo XIX apareció por primera vez en Rusia el orden: "el orden de la industria". Las fábricas conglomeraban a los campesinos en las ciudades, y la antigua ciudad de Pedro se convirtió en el *Petersburgo* proletario. Por vez primera la vitalidad dispersa de la tierra se agrupó en un organismo. Y este organismo de los primeros grupos proletarios rusos—los trabajadores en las fábricas de *Petersburgo*—era fuerte y se convirtió al punto en una fuerza revolucionaria. Pero el resto de Rusia era todavía el caos del *mujik*, cuyo jugo continuaban extrayendo los agentes zaristas. En poco menos de cien años, las pocas ciudades proletarias, con *Petersburgo* a la cabeza, adquirieron la fuerza suficiente—la energía humana ordenada y dirigida—para acabar con los Romanov.

* * *

Comienzo a comprender por qué este pueblo adora la máquina, por qué se siente impulsado por una necesidad tan profunda (una necesidad cuya fuerza instintiva en todos los rusos no se explica por meras necesidades económicas o políticas) para industrializar a toda Rusia.

En un sentido literal, la máquina ha dado el ser a Rusia. Fue la fábrica maquinista la que transformó al campesino durante el siglo XIX en el trabajador revolucionario, dándole la forma, la ideología y la fuerza de un grupo social. Y fue el trabajador revolucionario—unos pocos millares en un caos de ciento cincuenta millones—el que hizo surgir la aurora en el país enorme.

* * *

Moscou no tiene más que dos grandes periódicos: la *Pravda* y la *Izvestia*, órganos del Partido comunista y del Politburo. Hay mucha menos variedad de opinión en la prensa de hoy que en la época más sombría de los zares. Pero esto no hay que achacarlo al comunismo, ni siquiera a la psicología de la guerra que la Unión debe de fomentar contra los enemigos que la cercan; esto se debe principalmente a la falta de tradición de libertad de expresión en Rusia. Si había más libertad en ciertas épocas de los zares, era porque había menos actividad o era menos necesario reforzar la opinión oficial. Si no hay libertad de expresión hoy, es porque un pueblo no se transforma en quince años ni siquiera con la más profunda de todas las revoluciones.

Cierto día contaba a un joven comunista (un muchacho inteligente que se preparaba para una carrera mecánica) que en los periódicos de *Nueva York* se pueden leer todos los días toda clase de opiniones acerca de toda clase de asuntos. Movié la cabeza hacia los lados, como si ello supusiera un gran defecto de la eficiencia americana.

—No lo entiendo—dijo—. Todo problema tiene su solución verdadera. Me parece a mí que la prensa serviría mucho mejor al pueblo si encontrase cada día la verdadera opinión acerca de cada asunto de importancia y no publicase ninguna otra. ¿A qué conduce publicar distintos puntos de vista cuando solamente uno puede ser el verdadero?

El absolutismo intelectual y su sumisión a él está arraigado en el ruso típico. Pero tal vez la necesidad de este blando relativismo que se conoce en Occidente con el nombre de liberalismo, y que no es frecuentemente otra cosa que falta de convicción, sea un no pequeño inconveniente.

La tendencia rusa a la reglamentación es un hábito mental formado durante siglos de vivir más bien en un rebaño cultural que en una sociedad, y es indiscutiblemente uno de los motivos de su adhesión emocional al régimen soviético. Yo vi un gracioso símbolo de esto una tarde en la ópera. Durante el entreacto, el auditorio (trabajadores, estudiantes, modestos empleados) salieron a la sala de descanso. Casi inconscientemente, *se pusieron en fila*, ¡y comenzaron a dar vueltas y vueltas a través del gran *hall*, en orden! Yo no he visto en el mundo ningún otro público que en los entreactos no se individualice en pequeños grupos, parados o moviéndose en cualquiera dirección.

A causa de estos rasgos, típicamente rusos, los intelectuales y las artes de la U. S. S. R. se hallan en una situación particularmente peligrosa bajo una dictadura proletaria que exalta (y hace efectivos) los hábitos de las masas. Estaba deseoso de comprender este problema. Mi conocimiento de los escritores contemporáneos era, desde luego, más personal que literario. Hablé con muchos de ellos y observé la expresión de muchos otros; he leído a muy pocos, y esos, traducidos. Por eso mi experiencia no tiene valor. Así, pues, no discuto y le doy la misma importancia que a mis otras impresiones personales.